

La angustia es un afecto del futuro

Entrevista a Juan David Nasio¹

Adriana Bauab y Alejandra Ruíz

Lapsus Calami: En la conferencia dictada durante la ceremonia en la cual la Facultad de Psicología de la UBA lo nombró *Doctor Honoris Causa*, usted ha dicho que nuestro yo no es sino la sedimentación de todos los retornos en acto de un pasado intenso, ya sea feliz o doloroso. ¿Qué nos puede decir acerca de la economía libidinal que rige esos retornos? ¿Cómo podemos articular esos retornos con la función de desconocimiento que Lacan subraya como propia del yo? ¿Qué papel juega la angustia?

Juan David Nasio: Yo he escrito un libro sobre un pintor que se llama Félix Vallotton. Es un pintor francés de origen suizo de principios del siglo XX. No era un pintor conocido por el gran público: ahora lo es. Desde el año 2013 lo es porque el Gran Palais, que es uno de los museos más importantes de Francia, le ha destinado una exposición. El Gran Palais fue hecho en el 1900 para la Exposición Universal y fue destinado a recibir diferentes exposiciones. Es un museo en movimiento, a diferencia del Louvre o del Museo D'Orsay. Cuando se decide hacer esa exposición en el Gran Palais sobre la obra de Félix Vallotton, se me pide que haga el álbum de la muestra. Hay dos documentos: uno es el catálogo razonado de la exposición, que está hecho por historiadores del arte, y el otro es un libro más

1 Entrevista originalmente publicada en Lapsus Calami Revista de Psicoanálisis, n. 5, 2014, Buenos Aires.

chico, que llaman *el álbum de la exposición*, donde me pidieron que diera, desde el punto de vista psicoanalítico, una visión del autor, del pintor y de su obra. Y así fue como hice este libro que es *El inconsciente de Vallotton*, que tuvo mucho éxito... No es ahí donde se mide el éxito, pero también se mide ahí: ha vendido más de 25.000 ejemplares y, realmente, para mi gran sorpresa, fue un libro muy apreciado tanto por los historiadores del arte como por los directores de los museos, el público en general, etc. Porque es el primer libro que yo hago sobre un artista – un libro hecho en profundidad sobre un artista. Ese libro además se ha ampliado con otro libro que sale en quince días y que se llama *Arte y psicoanálisis*, donde hablo de Vallotton, de Francis Bacon, de Maria Callas y de la danza, etc.

Entonces, ¿por qué le hablo de todo esto?, ¿qué relación tiene con la angustia? Porque en el libro sobre Vallotton toda mi interpretación está centrada en el problema de la angustia y allí digo que Vallotton es un hombre que ha tenido dos angustias mayores, que se han convertido – las dos – en la musa que lo incita a pintar. Es complejo lo que voy a decirle, pero es así. Hay dos angustias en Vallotton: una angustia que es el miedo a la mujer, es el miedo a la mujer excitante y excitadora, es decir, es el miedo a la mujer que pueda pedirle que sea hombre. Ese miedo, por supuesto, es lo que nosotros llamamos angustia de castración, pero que yo ahí llamo angustia de ser humillado por la mujer. Esa es una primera angustia que yo describo en la historia de este pintor, Félix Vallotton. Y la segunda es una angustia más particular, más difícil de decir, porque tiene la forma de la culpabilidad – yo considero que la culpabilidad es una figura de la angustia –, y es una angustia que lo lleva a hacer, a tener una actitud más bien de culpabilidad para evitar la angustia.

L.C.: ¿Qué entiende por figura de la angustia? ¿Se trata de un modo de presentación?

J.D.N.: Es una de las variantes de la angustia. Es decir, el sentimiento de culpabilidad conciente es una figura de la angustia y, agregaría aun, el sentimiento inconsciente de culpabilidad también se puede pensar que es una figura de la angustia. Y luego vemos que, para poder evitar esa culpabilidad, Vallotton se va a instalar en lo que yo llamo la *amertume*, la amargura.

L.C.: ¿Podría decirnos cómo sitúa usted la diferencia entre dolor y angustia?

J.D.N.: En ese libro sobre Vallotton está definida la diferencia entre *dolor* y *angustia* –que es una diferencia que Freud ya hizo, por supuesto, en *Inhibición, sín-*

toma y angustia –, pero que conviene recordar siempre porque es muy importante en la clínica. Y a mí me gustaría entrar por esa puerta, diciéndole que quiero aproximarme al tema de la angustia desde una experiencia clínica, puesto que es la clínica la que nos llama a tener que estar preocupados por definir conceptualmente la angustia. Entonces, voy a retomar primero lo que dice Freud en *Inhibición, síntoma y angustia*, algo que probablemente muchos de los lectores de *LaPsis Calami* conocen perfectamente bien, pero que siempre es bueno recordarlo. El dolor es una reacción a la pérdida de algo amado, algo muy amado y a lo cual estábamos indefectiblemente ligados. No hay dolor por perder a un ser querido pero lejano. No. Hay dolor realmente si al ser que hemos perdido o la cosa que hemos perdido estábamos profundamente ligados. A tal punto es importante definir bien la condición del amor al objeto que va a ser perdido y que va a provocar dolor, que podemos decir que solamente después de haberlo perdido, voy a saber cuánto lo amaba. Por eso, propuse un libro que se llama el libro del dolor y del amor. Para mí, amor y dolor van juntos. Entonces, el dolor es la reacción a la pérdida de un ser o de un objeto amado. En cambio, la angustia es también una reacción, pero no a una pérdida efectiva, sino a una posible pérdida, a una pérdida imaginaria, a una pérdida que anticipo. Una pérdida que va a ocurrir, o que puede ocurrir y aún no ocurrió, en el pasado o en el presente.

El dolor es un afecto del presente o del pasado. La angustia es un afecto del futuro. Entonces, la angustia es esa reacción a un peligro pensado, anticipado, imaginario. Ahora bien, lo que más me sorprende, Alejandra Ruíz – esto se lo va a decir el clínico, ya que hacen falta muchos años para darse cuenta –, es que en los últimos años he constatado cada vez más nítidamente, y el caso de Vallotton es una ilustración, que para el ser humano enfermo de angustia es insoportable vivir esa angustia. Cuando yo hablo de angustia me refiero a una angustia insoportable, tan insoportable como para que, ante un embarazo de mellizos, una mamá esté tan angustiada con ese embarazo que no pueda hacer otra cosa que un aborto deliberado, intencional, para parar el embarazo y para parar la angustia. La angustia es tan insoportable que a veces ha conducido al suicidio. La angustia es algo – yo quisiera transmitirle al lector de nuestra revista – que tiene una fuerza tal que puede conducir a un ser humano a hacer actos de una enorme gravedad, como por ejemplo matarse. Y hay que saber que hay muchos suicidios provocados por una intensa angustia.

L.C.: ¿Y de qué se alimenta esa angustia?

J.D.N: Esa angustia tan intensa siempre está alimentada por una imagen o por un pensamiento, o por un presentimiento oscuro y vago de que mañana va

a suceder algo grave, de que mañana hay un peligro, algo que es imposible de sobrellevar. A esta mamá con mellizos, le era inimaginable poder ocuparse de dos niños al mismo tiempo: para ella eso era total y absolutamente un espectro terrible. Ahora bien, hay otras angustias – esta es la que considero más intensa, más grave, y que está presente en la clínica desde el principio de mi práctica. El año que viene voy a tener más de cincuenta años de práctica, el 5 de enero de 2015, porque mi primer paciente privado lo recibí el 5 de enero de 1965, así que estamos en cincuenta años. Pero lo que quiero decirle es que solamente en los últimos años me he dado cuenta del peso clínico, de la importancia clínica de la angustia, porque muchas veces uno solo asimila la angustia al fóbico. Y no es solo el fóbico. Por supuesto, al fóbico en estados de gravedad puede sucederle que padezca de una angustia intensa e insoportable, pero también puede pasarle a personas que no podemos calificar de fóbicas y en quienes, sin embargo, está presente esta angustia invasora, que puede conducir a actos irreversibles.

L.C.: En relación con este peso clínico propio de la angustia, que usted menciona, ¿de qué manera afecta al sujeto? Además del pasaje al acto, cuyo riesgo usted señala, ¿de qué otros modos se manifiesta esta angustia?

J.D.N: Primero tratamos de ubicar la naturaleza de la angustia, la diferencia con el dolor, el hecho de que haya angustias tan intensas que conducen al pasaje al acto grave. Y ahora sí, intentando responder a su pregunta, quiero hablarle de la angustia que conduce ya no al pasaje al acto grave sino a que, para evitar esa angustia, el sujeto no corra ningún riesgo, como en el caso de Vallotton. Para evitar la angustia, el sujeto no corre ningún riesgo. Es decir, prefiere tener el dolor de sufrir y de vivir en un estado *désabusé*, desilusionado, desencantado. La vida parece no tener ningún ideal y el sujeto prefiere retirar toda ilusión, toda espera, todo desafío, para no vivir la angustia. Entonces, ya no hablo de esa angustia que mencionamos recién, insoportable y ligada al pasaje al acto, ahora estoy hablando de una angustia un poquito más tolerable, esa angustia tolerable que siempre está ligada al futuro. Y en el futuro puede haber un drama, y yo tengo miedo y me angustio, o en el futuro puede haber un desafío que yo logre o no logre. Cuando hay un desafío, yo me angustio; entonces, como no puedo soportar esa angustia, suprimo el desafío y por ende, suprimo los ideales. Y si yo, para no angustiarme, le quito a la vida los ideales, mi vida se convierte en una vida plana, llana, en una vida desencantada, en una vida de aburrimiento. En ese sentido, es como si el angustiado dijera: *Ah, no, yo prefiero mil veces vivir en un estado de desencanto, amargado. Prefiero una vida que ya sé que, de todas maneras, no me va a dar nada y que no*

tengo que esperar nada. Prefiero vivir frío sin espera y sin ilusiones, sin amor y aburrido, que vivir en la angustia. Si yo a mi vida le doy el color de una espera y de una lucha, me angustio y no lo soporto. En cambio, si me digo que la vida es algo tan sin interés y por eso me resigno a vivir en ese estado, puedo evitar la angustia.

Hay que destacarlo. De la misma manera que la angustia conduce a actos impulsivos, la angustia, para ser evitada, conduce a una personalidad desencantada, a un estado de tristeza, a un estado de personalidad depresiva constante, donde el sufrimiento está coloreando toda la vida de este ser humano. Y cuando uno entiende esto, entiende que haya pacientes que están siempre en un estado donde no pasa nada, porque ellos no quieren que pase. Para que pase tienen que esperar, tienen que apostar, pero como no quieren que haya espera, porque la espera los angustia, entonces, borran todo y su vida se convierte en una vida amargada. Este es el caso de Vallotton.

L.C.: ¿Qué relación existe entre esta amargura que usted ubica en Vallotton y su pintura?

J.D.N: Vallotton – y esta es mi idea, la hipótesis que yo avanzo en ese libro sobre Vallotton – vive un estado de amargura permanente: sin esperanzas, sin ilusiones, amando a una mujer sola. Nunca tuvo hijos. Es un hombre encerrado, muy introvertido, amargado, quejoso. No espera nada de la vida, lo único que le interesa es pintar, dibujar. Hay mucha violencia en su pintura y además es como si todo fuera mediocre, todo fuera como su pintura de las parejas. Son parejas que no se aman, son parejas tristes. Es decir, es un hombre que hace de la amargura su musa, ella le dicta a la oreja del inconsciente lo que él tiene que pintar para darle ese tono a todas sus pinturas, que es un tono triste, *désabusé* y amargado. Por eso, la pintura de Vallotton es una pintura desencantada: no hay brillo, no hay sol, salvo en un lugar que es la naturaleza. Cuando él pinta las naturalezas es extraordinario, son paisajes maravillosos; pero cuando pinta a los hombres, las mujeres o las parejas, ahí aparece inmediatamente la extenuación, el cansancio, las caras de mujeres que no tienen ningún deseo. La mujer, en los cuadros de Vallotton, no mira al espectador; si las mujeres están en un grupo, no se miran entre ellas. Es una pintura del desencanto. Entonces, mi interpretación es que esa pintura del desencanto es el resultado de un artista que ha evitado la angustia. La lucha de Vallotton ha sido la de extirpar toda posibilidad de angustia, extirpando toda ilusión.

L.C.: ¿Qué otras variantes de la angustia puede distinguir?

J.D.N: Hasta ahora he señalado dos fenómenos de la angustia: una angustia que produce actos impulsivos y otra angustia que va a crear una personalidad, que va a dar un tinte de amargura a una personalidad. Tenemos otra variante de la angustia que es interesante notar – yo lo interpreto así, no todos los teóricos de la culpabilidad lo hacen de la misma manera –, el sentimiento de culpabilidad es un sentimiento de angustia, es una forma de angustia. ¿Por qué? Porque la angustia es la reacción, vuelvo a decir, a algo futuro que puede ser un peligro, que me da miedo y entonces me angustia; o también puede ser un desafío y me angustio de perderlo o de ganarlo. Pero otras veces, la angustia puede ser el miedo, no a un peligro donde yo vaya a perder, sino a un peligro donde yo vaya a perder el amor del superyó.

Es muy importante el amor del superyó. Muchas veces se habla del amor de mi mamá y de mi papá, de acuerdo. Yo me angustio porque le robé algo, lo saqué. Soy un niño de cinco años, voy a la cocina, agarro el pote de dulce de leche que mi mamá me había dicho que no tocara, lo pruebo y me siento culpable. ¿Por qué esa culpabilidad? La culpabilidad es porque me angustio ante la posibilidad de que mi mamá me descubra, se enoje y me pegue, es decir, que mi mamá se enoje y no me quiera más. Yo soy un hombre, quiero engañar a mi compañera, y en el momento en que la estoy engañando, antes o durante o después, en este acto de infidelidad, me siento angustiado, tengo miedo. Tengo miedo no de mi amante sino del momento en el que la mujer que quiero descubra mi infidelidad y me abandone. Es decir que mi sentimiento de angustia culpable ya está mezclado con la sanción, con la punición. Ya sea el chico que presiente que la mamá va a enojarse y no va a quererlo más (él se inventa esa idea, que la mamá no lo va a querer más), o bien el hombre que comete un acto de infidelidad y que tiene miedo de que si la compañera lo descubre, lo abandone, en ambos casos el peligro es el abandono del ser amado. Pero también puede ocurrir que yo tenga un pensamiento, no haga nada y me diga: ¿y si yo fuera a tener una aventura extramatrimonial? No hago nada y todo sucede en mi cabeza, pero ese deseo también me puede provocar culpabilidad. El solo deseo de engañar a mi compañera y serle infiel, solo el deseo me puede causar culpabilidad. ¿Por qué? Ya no se trata de que ella vaya a saber – puesto que ella no va a saber nunca porque mi deseo es un deseo secreto, es un deseo en mi mundo íntimo –, sino de que está mi superyó y me amenaza diciéndome: “Si vos realizás ese deseo, sos una porquería de tipo; si vos realizás ese deseo, no te merecés todo lo que esta mujer te quiso”. Con esto quiero decir que el sentimiento del deseo puede suscitar culpabilidad si yo vivo la angustia que me causa, no que mi mamá se enoje conmigo o que no me quiera, no el miedo de que mi compañera me deje, pero sí el miedo de que mi superyó

me humille y me critique. Por eso, para mí, la culpabilidad es una angustia del yo, es una angustia enraizada en el yo. La angustia es un afecto del yo, como la mayor parte de los afectos. Toda angustia está enraizada en el yo porque el yo recibe la fuerza del deseo, las ganas de ir a engañar al otro, pero es el superyó el que amenaza al yo de humillarlo si decide en algún momento cumplir el acto. Esa angustia del yo frente a un deseo de transgresión se llama culpabilidad. Es un sentimiento vivido, esa angustia es vivida por el yo y me siento culpable.

En una palabra, quiero llegar a decir que el sentimiento de culpabilidad es, en general, un sentimiento enraizado en el yo, implantado en el yo, provocado por amenazas de dejar de ser querido. Algunas de esas amenazas pueden ser reales, como las que provienen de una madre o de una compañera, mientras que otras pueden ser eminentemente internas, donde es el superyó el que me amenaza con criticarme, humillarme, maltratarme, si yo llego a cumplir con ese acto. Pero por supuesto, yo estoy distinguiendo sutilmente cosas que, a veces, se mezclan. Quiero decir que el señor que comete un acto de infidelidad, una aventura extramatrimonial, evidentemente va a tener miedo de que la mujer lo descubra y también va a tener miedo de él mismo, de que él se trate a sí mismo como si fuera el último de los traidores. Podemos concluir, entonces, que como figura de la angustia, la culpabilidad es una forma de angustia provocada por la amenaza del superyó de humillarme. Por supuesto, la angustia puede surgir también –no solamente por amenazas exteriores, no solamente por el superyó – porque de pronto siento que nacen en mí deseos, pulsiones, ganas de robar, ganas de matar, ganas de hacer cosas salvajes, a las cuales no estoy acostumbrado y me angustio por sentir que esas pulsiones internas me pueden desbordar y que no lograré controlarlas. Ahí también viene angustia. Resumiendo: la angustia aparece siempre en el yo y viene cada vez que hay una eventual, futura punición o pérdida del amor de los otros.

L.C.: Los modos en los que el yo busca desasirse de esa angustia nos conducen al tema del “doble” y la imagen de sí. Si Jekyll, médico y eminente científico, respetado por sus obras de bien, teme que dar rienda suelta a sus deseos más oscuros puede perder el amor del superyó, como Hyde, en cambio, puede darse ciertos gustos y cree engañar al Otro, hasta que por supuesto, se muestre quién comanda verdaderamente la escena y el precio que ha de pagar por lo cometido. Si Jekyll encarna cierto yo ideal, Hyde encarna este aspecto oscuro que usted mencionaba, donde aparecen las ganas de robar, de una vida licenciosa, de matar incluso, y allí se ve que el yo intenta mantenerse a salvo de estos deseos ubicando en el doble aquello de lo que se quiere desentender y, al mismo tiempo, realizar.

Fuerzas que conforman una economía condenada a desequilibrarse en algún momento, muchas veces con un pasaje al acto: Dorian Gray, Jekyll y Hyde, etc. No podemos dejar de considerar que, luego de cometidas sus fechorías, una pócima bastaba para volver a ser Hyde. Sin embargo, cuando la pócima pierde su eficacia, ya no hay modo de recobrar el sí mismo y es el doble, Hyde, el que comanda la acción. La ilusión de controlar esos deseos oscuros termina esclavizando al propio yo y, en general, esas ficciones muestran que todo concluye en un pasaje al acto.

J.D.N: Correcto. Abordemos entonces el tema del doble y lo *unheimlich*. En francés, se lo traduce por *inquiétante étrangeté*, la inquietante extrañeza. Es una traducción que siempre me planteó problemas porque no dice lo esencial. Para mí, lo esencial de la inquietante extrañeza, que aparece frecuentemente con el doble, es, ante todo, la inquietud que suscita lo familiar y no la extrañeza. Me han hablado tanto de la extrañeza que uno termina diciendo que la inquietante extrañeza es la inquietud que provoca en mí, por ejemplo, el extranjero. ¡No! La inquietante extrañeza, en Freud, es la inquietud que provoca en mí lo familiar, lo conocido, lo archiconocido, tan archiconocido que es el doble, que soy yo. Por eso, si uno relee bien el texto, Freud se inquieta frente a la imagen de él en el vidrio, ¡pero es la imagen de él! No es la imagen de alguien que es un monstruo.

Entonces, esa traducción, *inquiétante extrañeza*, ha llevado a que mucha gente (yo incluido, en un primer tiempo) creyera que se trataba de la inquietante monstruosidad, de un monstruo inquietante. ¡No! Es la inquietud que provoca en nosotros lo más cercano a nosotros, lo más parecido a nosotros. Me parece extraordinario ese texto de Freud porque señala un fenómeno psicológico muy interesante: Freud se asusta de algo que, en realidad, es él, es su propio reflejo en el vidrio. Se trata de la angustia provocada no por una cosa grave que pueda ocurrir o por algo que sea completamente inimaginable, inhumano. ¡No! Es la angustia que se produce ante mí mismo, en el yo mismo, cuando me acerco al espejo, miro mi cara y, de pronto, descubro un granito en la piel, me asusto y digo *¿Y eso qué es? ¿Pero no será un cáncer? ¡Ay, ay, ay!*. Y me asusto. Esa es la angustia de la inquietante extrañeza. Es realmente mi imagen en el espejo, esa cara que conozco de memoria, esa cara que veo todos los días desde que soy niño y tengo una conciencia lúcida. Yo diría que uno se ve desde el estadio del espejo, entonces, esa cara la conozco y, sin embargo, cualquier día uno va al espejo, mira un lunar que tiene en el cuello y se asusta porque ese lunar tiene una forma diferente.

Esto es lo que me gustaría hacer entender bien a los lectores de *LaPsus Calami*. No hago más que transmitir lo que yo entendí y que me parece que tiene un

alcance clínico mucho más profundo y mucho más cercano que pensar que es la inquietud de que aparezca un monstruo detrás de una columna o detrás de una puerta. Por eso es el *doble* y no es el *otro*. Sartre decía *el infierno son los otros*. Freud, con la inquietante extrañeza, dice que *el infierno es uno mismo*.

L.C.: Para continuar con estas distinciones tan importantes en la práctica, ¿cómo situaría la diferencia entre miedo, angustia y espanto?

J.D.N: Miedo, angustia y espanto son los tres términos típicos, los tres grados de los cuales habla Freud. El miedo es el miedo a un objeto preciso: yo tengo miedo a la araña. La angustia, como dice Lacan, es el *non-objet*, el no objeto, porque el objeto de la angustia es todo: ¡todo es posible! ¿Por qué todo es posible? Porque yo puedo imaginar todo: esa pérdida del amor, de la que hablábamos recién, puede ser cualquier cosa. Perder el amor, sufrir, perder la integridad de mi cuerpo, tener una enfermedad grave, la posibilidad de que se me queme la casa. La angustia es *todo es posible*. ¿Por qué todo es posible? Porque todo es imaginable. Cuando Lacan dice que la angustia es la falta de la falta (*c'est quand le manque vient à manquer qu'elle surgit*) es porque todo puede ser. ¿Y por qué todo puede ser? Porque yo imagino todo. Puedo imaginar todo, lo peor. La angustia, entonces, es relativa no a un objeto preciso, sino a todo objeto imaginado. Esto es fundamental: a toda cosa que yo pueda pensar que puede ocurrir.

Luego tenemos el espanto, que es un estado más preciso y que ya no tiene nada que ver con un objeto preciso, que ya no tiene nada que ver con un pensamiento del futuro. El espanto es la parálisis completa, lo propio del espanto es no poder pensar. El dolor es una reacción a la pérdida de algo amado. La angustia es una reacción a la eventual pérdida de algo amado, a un dolor, a todo lo que dijimos, a todo lo que es posible. En el espanto, no tengo capacidad de reacción. El espanto es un estado de absoluta parálisis de todo: del afecto, del cuerpo; es que lo inesperado, el peligro, llega a mí y ya no es ni dolor ni angustia. Porque el dolor no lo siento, estoy anestesiado, y la angustia, no la pienso. Es decir, no tengo capacidad de imaginación para angustiarme, y no tengo capacidad de sentir para que sea un dolor. El espanto es la anestesia de la cabeza y del cuerpo, esto es propio del traumatismo. Yo pienso que el impacto traumático provoca ese estado de espanto. El espanto, para mí, es el estado afectivo de anestesia que indica que estamos en presencia de un acontecimiento traumático, de un impacto traumático, de que el sujeto está sufriendo un traumatismo. El espanto, para mí, es lo propio del traumatismo.

L.C.: Quisiera destacar, en este punto, el señalamiento que usted hizo en la conferencia ya mencionada acerca de que el psicotrauma puede ser una efracción única o una serie de efracciones frecuentes y repetidas. ¿Qué diferencias clínicas podrían sugerir esas diversas experiencias?

J.D.N: Podemos tener el impacto traumático donde hay espanto traumático, pero no todo traumatismo se acompaña de espanto. Puede haber, como lo dije en la conferencia en la Facultad de Psicología, en ocasión del *Honoris Causa*, microtraumatismos que se acumulan hasta producir un estado propio del goce, como yo lo entiendo. Es decir, esos microtraumatismos van a crear un estado emocional, un magma emocional, que llamo goce. Así es como interpreto el término *goce*. Para mí, el goce se puede definir de diferentes formas, pero en el caso de ese traumatismo, en ese estado de espanto, el sujeto se crea un estado emocional donde no tiene conciencia ni sensación. Él está en ese estado de emoción, lo vive sin conciencia de vivirlo. Entonces, eso se llama traumatismo. Ahora bien, también puede ocurrir que haya microtraumatismos que se acumulan hasta crear una situación típicamente traumática que conduce al mismo estado traumático que ya conocemos.

L.C.: Si pensamos el modo en que funciona la angustia en las diferentes estructuras, ¿podría establecer algunos puntos candentes en la clínica? ¿Cabría subrayar distinciones clínicas fundamentales en lo que se refiere al lugar de la angustia en la neurosis y en las psicosis?

J.D.N: Sí, ¿por qué no? Vamos a tratar de reflexionarlo con *LaPsus Calami*. No lo he hecho antes pero, ¿por qué no? Digamos así: en la histeria, la angustia es la angustia de no ser amado o de no ser jamás amado, de no lograr jamás la felicidad que yo imagino de ser amado. O bien, en la histeria la angustia es la de perder el amor de mi compañero o mi compañera, de mi hijo, pero en general es la compañera o el compañero. En una palabra, en la histeria, la angustia está ligada siempre al amor, que sea un amor buscado, que sea un amor que está pero que uno tiene miedo de perder: siempre es el amor. En la neurosis obsesiva, la angustia está ligada a la existencia, al reconocimiento, al hacer. La angustia en la neurosis obsesiva es la angustia de que no me hayan conocido, no me hayan reconocido o que no me vayan a reconocer. En la fobia, la angustia es la angustia de la dependencia, es decir, es la angustia de que el otro me deje o, al revés, de que el otro me ahogue. Dicho en otros términos, la angustia, en la fobia, es una angustia ante el vínculo con el otro. En una palabra, mientras que en la histeria lo central es el amor, en la fobia la angustia está ligada al vínculo con el otro, que el otro se vaya o, al revés,

que el otro me ahogue. En la neurosis obsesiva, aunque yo me siento existir, mi angustia está ligada a la posibilidad de que deje de existir para el otro, siempre para el otro, o bien que el otro me reconoce hoy pero que mañana no me reconozca, o que el otro no me reconoce aún y yo espero que me reconozca. Y en la histeria, siempre es el amor: la angustia surge sea porque tengo el amor y tengo miedo, me angustia perderlo, o bien no he podido obtener el amor y tengo la angustia de no ser amado jamás. Jamás amado, jamás reconocido, o bien, en la fobia, el problema de ser muy ahogado por el otro o, al revés, muy abandonado por el otro. Esos son los tres tipos de angustia en las tres estructuras clínicas de la neurosis.

Si vamos a la psicosis, a mí no me gusta identificar la psicosis como si fuera una única psicosis, porque está la paranoia, la esquizofrenia, etc. La paranoia es un delirio crónico, pero están las esquizofrenias, que también se integran dentro de los delirios, pero se dan en la juventud. También tenemos otros tipos de psicosis, por ejemplo, la *bouffée délirante*, el acceso delirante. Entonces, es muy difícil definir la angustia en las psicosis en general, pero por lo menos doy dos o tres pistas para el lector, para saber si nuestro lector coincide conmigo, de acuerdo con la experiencia que puede tener en este problema con pacientes psicóticos. La angustia en los pacientes psicóticos, en particular en los esquizofrénicos, está muy presente, muy presente. No se puede decir que no hay angustia en las psicosis. Hay una angustia y muchas veces una angustia invasiva, masiva y completamente envolvente de los sujetos. Entonces, por ejemplo, tenemos el caso de la esquizofrenia, donde el jovencito se pregunta si es homosexual o no es homosexual. Tiene sensaciones anales y esas sensaciones anales – que son completamente alucinadas, por supuesto, son alucinaciones cenestésicas de tener sensaciones en el ano – le hacen dudar si es o no homosexual y eso lo angustia, y muchas veces el tratamiento es *réassurer*, calmarlo y asegurarle que no, por supuesto. Otras veces, la angustia se presenta en el paranoico cuando se siente perseguido y esa persecución, en su delirio, en su idea delirante, el hecho de sentir que lo amenazan de muerte, por ejemplo, lo angustia terriblemente. La angustia es uno de los afectos, no el único, que acompaña al delirio: la angustia es un afecto correlativo de la idea delirante. En general, en las psicosis, la angustia aparece efectivamente como correlato de delirios, de alucinaciones o de interpretaciones sobre todo de vivencias corporales, interpretaciones delirantes. Entonces, siempre está presente la angustia, pero más aún como correlato de percepciones patológicas, sea del mundo exterior o del propio cuerpo.